

EL DOMICILIO DE BOLIVAR EN PARIS

Escribe: URIEL OSPINA

De los Grandes Bulevares, a la derecha, cuando se va de la Magdalena a la Plaza de la República, parte una calle no más ancha de unos cinco metros que va a morir un poco más abajo contra el costado occidental del jardín que en tiempos de la monarquía perteneció al Palacio Real. Es la Rue Vivienne. Es una calle como tantas en París o como tantas que van a asomarse a sus grandes avenidas, que tienen un cinematógrafo, agencias de turismo, en las esquinas cuatro cafés con sus aceras llenas de mesas y algunos viejos inmuebles con sus clásicas viejas puertas cocheras en una de cuyas alas se abre una puertecita que sirve de entrada a los inquilinos.

La Rue Vivienne, tal vez por su proximidad a la Bolsa, uno de cuyos costados delimita, es en la actualidad, principalmente, una calle de cambistas y de agentes de valores. Entre el Palacio Real y la Bolsa tiene poco tránsito. Entre esta y el Bulevar de los Italianos es más activa. La constituyen, así, dos sectores nitidamente diferenciados el uno del otro. Uno es movido, hormigueante; otro es tranquilo, provincial. Puede ayudar a esto último la calma apacible de la plaza del Palacio Real y el vecindario de la Biblioteca Nacional que por el lado de la Rue Vivienne tiene un esbelto jardín cercado por una alta reja en hierro. La animación es poca en este último sector, sobre todo si se tiene en cuenta que paralela a la Rue Vivienne corre la Rue Richelieu y su universo bullicioso, que desembocan en la Avenida de la Opera. La calle parece haberse escapado a un mundo en continua ebullición, en pleno centro de París, y haberse transformado en una calle de aldea en donde no existe el peligro de que, por un descuido, un automóvil derribe a un viandante por inadvertencia de este.

Sobre el costado izquierdo, descendiendo de los bulevares hacia el Palacio Real, en el cruce de la Rue Vivienne con la Rue Notre Dame des Champs, hay un inmueble que hace esquina. Tiene, como la clásica arquitectura parisiense, cinco pisos, el último de ellos rematado por mansardas. Su diseño es de tipo neoclásico. Las ventanas de todos los pisos están adornadas de un friso. Se hallan alineadas con una uniformidad de palacio florentino. Los vanos que hay entre ellas carecen de decoración y, contra lo que es de esperarse en los viejos inmuebles parisienses trans-

formados en la actualidad en oficinas o en casas de inquilinato, es limpio y bien tenido. Su planta baja la ocupan actualmente un restaurante popular frecuentado por apacibles y testarudos investigadores de la Biblioteca Nacional a quienes lleva allí más la comodidad del precio que la variedad del menú servido en él y un almacén de música cuyas vitrinas siguen adornadas como hace setenta u ochenta años por *affiches* de teatro en los que se anuncia el estreno de "Manon" con sus personajes diseñados en el gusto post-romántico de la época. En la esquina, naturalmente, está el clásico café parisiense con su gato que dormita, sus parroquianos que toman vino tinto y los enamorados en los asientos de la trastienda que se dicen entre dos caricias sus interminables juramentos de amor.

El inmueble lo ocupa una casa de exportaciones e importaciones. Apparentemente forma cuerpo con toda la manzana pero a poco de andar por la Rue Notre Dame des Champs se encuentra un curioso pasaje de pequeños comercios solitarios que hace escuadra en el fondo para lanzarse luego a buscar salida a la Rue Vivienne. El pasaje tiene a modo de techumbre una marquesina de vidrio empolvado de una vez por todas, hace ya mucho tiempo. Lo más común es no hallar alma viviente por aquel pasadizo en el que el paseante podría preguntarse con justa razón cual es el movimiento comercial de las pequeñas ventas instaladas allí.

El pasaje, pues, define y aísla del resto de la manzana al inmueble. Inmueble que fue casa solariega en el siglo XVIII puesto que ella perteneció al intendente de finanzas Colbert que la destinó a caballeriza cuando en la época el Palacio Thiébault (actualmente la Biblioteca Nacional) era residencia nobiliaria, y cuando el sector del Palacio Real, bajo Richelieu, era el centro de la vida política y social parisiense antes de que la monarquía francesa se trasladara a Versalles. No podría decir en qué época precisa este inmueble se transformó en lo que actualmente es, a pesar de la entrañable curiosidad que puse en ello durante una larga permanencia en la capital francesa. Lo cierto del caso es que sus vicisitudes urbanísticas han debido ser escasas y que, con las pocas transformaciones que ha debido hacerle la compañía comercial que actualmente lo ocupa, el debió ser el mismo que hoy se ve a comienzos del siglo XIX.

En esta época, más exactamente en el año de 1804, el inmueble, o parte de él, lo ocupa un hotel elegante. Se llama "Hotel des Etrangers" y su ubicación corresponde al número 2 de la nomenclatura actual, que es también la de la época. Debe ser un hotel elegante por muchas razones, entre otras porque ya figura con categoría de tal en las guías de viajeros que se publican por la época en París (que pude consultar personalmente en la Biblioteca Nacional de París (por su ubicación central y por otro detalle más significativo todavía: en la Rue Notre Dame des Victoires que está un poco más atrás, se encontraba en el siglo pasado la estación central (si se permite la expresión) de todas las diligencias que traen a París a los viajeros que llegan de toda Europa. Este famoso "terminus", pintado en un simpático cuadro por Boilly, en una época en la que aún no hay ferrocarriles, autobuses ni aviones a chorro, hace de la zona un sector de actividad desbordante. Todo el que llega o sale de París en diligencia (y necesariamente deben serlo todos) debe pasar forzosamente por el "embarcadero" de la Rue Notre Dame des Victoires. El

sector aledaño es, por consiguiente, un sector de animación desusada que tiene entre reducidos límites todo cuanto necesita un extranjero que llega a París: hoteles, restaurantes, teatros de variedades, la Comedia Francesa, placeres fáciles con las "habituales" del Palacio Real, casas de juego, salas de esgrima, cafés en donde se discute política, en donde se conspira contra Bonaparte que aún no es emperador y todos los demás espectáculos menos públicos y por lo mismo más frecuentados clandestinamente...

Es difícil reconstruir históricamente este famoso "Hotel de los Extranjeros", tal como él pudo haber sido en la época en que Bolívar fue inquilino suyo entre 1804 y 1805. De él no quedan grabados ni descripciones. Debió haber sido, eso sí, un albergue de calidad, ya que Bolívar, aristócrata rico, no habría de alojarse así de buenas a primeras, en el primer cobijo sospechoso que hubiera hallado a mano. Transponiendo los términos podría decirse que esta zona adyacente al antiguo Palacio Real en la época del Consulado en París y en los primeros años del Imperio, correspondería ahora a la que en París tienen los Campos Elíseos o los sectores elegantes y aristocráticos de la Avenida de la Opera y de la Rue de la Paix.

Razones que no es del caso ahondar aquí han debido transformar fundamentalmente este inmueble de la Rue Vivienne. Una placa colocada encima del almacén de música indica que allí vivió el futuro libertador Simón Bolívar. Ahí nacen y mueren las referencias que se tienen sobre este "año misterioso". Tal vez algún día un afortunado encuentre documentos que permitan llevar algo de luz sobre esta época. Se sabe, simplemente, corroborado por referencias ligeras, que allí vivió Bolívar llegado de España en 1804, ya viudo. Y que de allí salió con Simón Rodríguez, a pie, rumbo a Italia, en la primavera del año siguiente.

Muchas veces, en el término de una curiosidad tal vez más morbosa que histórica, examiné en detalle este inmueble por todos sus aspectos, buscando encontrar en él algún detalle insospechado que hubiera podido pertenecer al universo "físico" que rodeó la vida del libertador en la capital francesa. Pero allí solo había lugar para la suposición. O para la imaginación. O para una tentativa de reconstrucción mediante estampas parisienses de la época.

Tal vez la soberbia puerta cochera con su pavimento de adoquines y sus dos diminutas aceras de piedra a ambos lados del corredor, una vez franqueado el zaguán, haya sido la misma por donde entró el caraqueño posiblemente al alba, después de una noche intensa de amor y de juego en el vecindario mundano-turístico del Palacio Real. Allí algún criado de librea o cochero de botas altas le llevó cartas encendidas de su "prima" Fanny Du Villars con alguna cita galante. Lástima que exigencias del confort para comerciantes hayan llevado a modernizar un tanto todo esto, pero sería demasiado exigir que guardaran el mismo ambiente de la época solo por cariño con un personaje que tal vez ellos mismos ignoran quien haya sido a pesar de la placa. Y tal vez, también, razones de otro origen hayan llevado a lotear el inmueble. Entre el almacén de música con sus *affiches de Manon* y el restaurante de eruditos de barba

blanca haya desaparecido lo que fue realmente el marco urbano en que se desenvolvió el año más borrascoso de esta juventud apasionada.

Por la puerta del número dos hay algo de aquella época. Los muros del zaguán tienen todavía un leve decorado en estuco que en la época debió haber sido dorado y que ahora es depósito de polvo bajo una capa de pintura que se cae a pedazos. La escalera que se abre al fondo fue señorial por muchos detalles. Su pasamanos es en sólida encina. Sus peldaños son elevados y amplios. Ahora cuando se sube por ellos cruje la madera que en 1804 debió haber estado cubierta por un tapiz escarlata. Los rellanos son amplios, con capacidad para haber tenido en cada uno de sus ángulos esbeltos candelabros. A cada piso corresponden hoy dos apartamentos transformados en oficinas cuyas ventanas dan a la Rue Vivienne. A pesar de cierto abandono se advierte la categoría de la residencia y su preponderancia social. Para la actividad de la época, la Rue Vivienne atraviesa el barrio más populoso y frecuentado de París. Algo queda de todo aquel antiguo esplendor. Bolívar subió muchas veces esos peldaños con la agilidad de su edad, más preocupado en la época por divertirse con sus amigos Montúfar y Toro, frecuentando las "grisettes" del Palacio Real en esta diminuta Babilonia, que en pensar, a buen seguro, en libertar a un continente.

A las habitaciones les queda poco, o casi nada de lo que pudieron haber sido cuando lo eran de huéspedes. Espaciosas y claras, algunas de ellas han sido divididas por un cancel para que allí puedan acomodarse más secretarías o más papeles de archivos. Son altas, grandes, con su piso de madera hoy desnuda, pero alfombradas de escarlata presumiblemente en el tiempo en que eran habitaciones de pasajeros ricos. Aún se ven los estucos de donde pendían las lámparas de cristal y en donde ahora se ha puesto un tubo de gas neón. Se tiene en ellas una sensación de *comfort*. Es fácil, igualmente, reconstruir su decorado, con su mobiliario estilo Luis XV o, si en la época su dueño ha querido ponerlo a la moda, estilo Directorio: una consola con pies torcidos, una jofaina con escenas de la antigüedad clásica que valen malamente las del *Gran Siglo* pintadas por Boucher y Fragonard, una amplia cómoda como las que aún se ven en la escena de la Comedia Francesa cuando se representa una pieza de Alfredo de Musset; un lecho inmeso, unos pesados cortinajes sobre las ventanas desde cuya calle llegan hasta el aposento, tarde la noche, los ruidos de los noctámbulos empedernidos y en la mañana las voces de los vendedores ambulantes cuyos gritos le impiden dormir al suramericano que se ha acostado con las últimas estrellas.

Que el *Hotel des Etrangers* es un hotel distinguido lo prueba igualmente, entre otras cosas, el hecho de que allí vive un miembro del consejo de estado, un antiguo convencional, monsieur Deltheil. Tal vez Bolívar se haya cruzado algún día en las escaleras como su vecino que es. Tal vez haya ligado una amistad pasajera pero deferente. Tal vez el antiguo político y revolucionario haya sido para el caraqueño un estímulo en su formación política. El viejo ha podido decirle al joven muchas cosas sabidas ya por experiencia y por sabiduría política. Entre dos inquilinos de un mismo hotel que comparten, por así decirlo, un mismo techo, trabar una amistad es sencillo a pesar de pertenecer a generaciones opuestas.

Bolívar es curioso e inquieto. El convencional, sin saber quien sea exactamente este muchacho con cabecita de pájaro loco, ha podido ser su interlocutor ocasional o periódico. El germen de la pasión política, latente en el venezolano, ha debido recibir con ello un estímulo. Debe haber mirado al consejero con una mal oculta admiración, si no se olvida que este es un hombre que ha participado activamente en uno de los hechos históricos que más ha admirado Bolívar a lo largo de toda su existencia: la Revolución Francesa.

Afuera del hotel, la vida de París se presenta como un torbellino. Se ha salido de la *revolución* y se prepara a entrar en el *imperio*. El *Directorio*, los años que van del fin del *terror* hasta el golpe de estado del 18 *Brumario*, son de total descomposición social en Francia. La necesidad del cesarismo napoleónico se impone de urgencia en una sociedad totalmente dislocada. Con solo acabar la Rue Vivienne, Bolívar se mete de lleno en ese universo de decadentismo romano al que el *imperio* va a ponerle fin. Por ahí cerca tiene ocasión de conocer a Humboldt, que frecuenta un restaurante popular en donde cena siempre cordero y frisoles blancos. Por allí vaga un secretario de intendencia que se llamará Stendhal y que pudo haber sido amigo de Bolívar cuando solo era Henri Beyle. Por allí cruzan, en un torbellino, actrices, titiriteros, cambistas, vagabundos, prostitutas, políticos, conspiradores, viajeros, magos callejeros, ladrones, tahures. Abundan las casas de citas y en los libros de turismo de la época aparecen los nombres y tarifas de las cortesanas que las habitan. París se halla concentrado en diez calles en una de las cuales se halla ubicado el "Hotel des Etrangers" donde pára Bolívar. Esta experiencia social y mundana que el futuro libertador vive en aquella ciudad, no habrá de tenerla nunca parecida. Además tiene veinte años, una viudez reciente, mucho dinero, una juventud insolente y ningún freno. Y está en París, que apenas empieza a salir de la hecatombe social y política y económica más terrible que haya sacudido al mundo.

Un buen día llega don Simón Rodríguez; ve lo que hace el antiguo discípulo y entre reprimenda y reprimenda se lo lleva para Italia en un viaje que empieza a pie, bien a la manera del preceptor. Bolívar no volverá más a París. Y el *Hotel de los Extranjeros* tras un largo apogeo como el de la calle en donde está ubicado, se va muriendo también, poco a poco, hasta transformarse en oficina de importaciones, en almacén de música con cartelones viejos y en bodegón para intelectuales pobres que consultan cuidadosamente el *menú* antes de pedir un plato que esté al alcance de lo que hay en sus bolsillos.

(Del libro en preparación, *Bolívar en París*).